



# COMENTARIO DE UNAMUNO - CAMPOS SANTOS

NUESTRAS vidas son los ríos—que van á dar en la mar—, que es el morir...» Así plañía, rumiando la muerte de D. Rodrigo Manrique, Maestro de Santiago y Conde de Paredes de Nava, su hijo Jorge, cuyos huesos se habían fraguado viriles con sales de la ribera del Carrión, río mediano, en la Castilla leonesa, en los Campos Góticos, que rinde sus aguas al Duero adulto, río caudal que va en el mar á morir. Así plañía, lejos del mar, Jorge Manrique en la llanada palentina, que es un mar petrificado; el lecho, dicen, de un lago antediluviano. De ese mar, verde de mies en primavera, asoman, como perdidos islotes, los rojizos lugarejos. Dominado alguno por la iglesia, montaña espinazo, cual la que llaman la Moza de Campos. Grijota, por otra parte, viene de Iglesia Alta: *Ecclesia-alta*.

¡La mar! La mar era el ensueño allá en aquellas tierras y en visperas del descubrimiento del Nuevo Mundo, catorce años después de la muerte de D. Rodrigo Manrique. Descubrimiento que fué la muerte de la pareja Castilla León, que con él fueron á dar en el mar, que les fué el morir. Y murieron en España, que de aquel descubrimiento nació para siempre. Si bien los conquistadores, los hombres de tierra adentro, de meseta, que pusieron pie en los leños que habrían de llevarles allende la mar, eran más de la cuenca del Tajo ó del Guadiana que no de la del Duero, el río caudal por excelencia romanesco.

Maragall, en su *Himne ibéric*, nos dice cómo sola, en medio de los campos, tierra adentro, ancha es Castilla—«Sola, sola en mitj dels camps—terra endins, ampla es Castilla...»—, que está triste, pues sólo ella no puede ver los mares lejanos—«y está trista, que sols ella—no pot veure els mars llunyans...»—y que la hablen, pide, del mar sus hermanos: «Parleuli del mar, germans!» Y nuestro Antonio Machado, nacido en la ribera del Guadalquivir, donde se huele á maraña, cantaba en la ribera del alto Duero, del Duero mozo, del Duero que «cruza el corazón de roble de Iberia y de Castilla», á esos «atónitos palurdos sin danzas ni canciones—que aún van abandonando el mortecino hogar—, como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar». Hacia la mar, «que es el morir»...

Esos ríos, medianos como el Carrión y el Pisuerga y el Isla, ó caudales, como el Duero, no son, no eran navegables. No unían á los pueblos, sino que más bien los separaban. En el trecho en que el Duero es lindo entre Portugal y España, se abre una barranca de escarpados arribes. Uncían á esos ríos de trecho en trecho puentes, y á su cabeza un castillo. Y en torno al castillo, al alcázar del puente, una villa, un mercado. Para transportar mercaderías, trigo sobre todo, se hizo en tierra de Campos el Canal de Castilla—hermosa su dársena en Palencia!—, mas ha tenido que venir á ser canal de riego. San Pedro de la Nave, con la hoz del Esla, no lejos de Zamora, donde aún se sostiene una secular iglesia visigoda, debió acaso su apellido á la nave ó barca en que atravesaban el río los romeros que iban á la Roma celtibérica, á Santiago de Compostela, á la tumba de Prisciliana el celtibero.

«Nuestras vidas son los ríos...» Como los ríos de Iberia eran las vidas de nuestros mayores. Ya discurrían por un campo de batalla reconquistadora; ya pasaban bajo el yugo de un puente de villa de mercado; ya lamían la huerta de una abadía del buen

vivir, de *Bene vivere*, que así se llama una en tierra de Campos, á la que los campesinos llaman *Benvibre*. Tierra entre religiosa y guerrera, litúrgica y castrense, donde se sueña en *almofallas* y *fonsados* que acampan al abrigo de un monasterio. Y esas vidas iban, como los ríos, á la mar, que es el morir.

Y la muerte, la santa muerte niveladora, lo igualaba, lo allanaba todo. «Allí los ríos caudales—allí los otros, medianos—y más chicos—allegados son iguales—los que biven por sus manos—y los ricos.» Y esos ríos que iban, que siguen yendo, que irán á la mar, que es su morir, se han llevado en siglos montañas de tierra mollar, entrañas de la alta sierra. Suele ir el padre Duero—padre nuestro, que estás en la tierra!—rojo y como ensangrentado de una batalla. Y la meseta toda y el páramo es un camposanto. Los Campos Góticos, los de la Tierra de Campos, son campos santos. Y toda esa tierra es una cumbre. Una cumbre que se inclina suavemente hacia la lejana mar, que es el morir...

¡No; no hay que hablarle de la mar á Castilla; no hay que hablarle de la mar á León! Entre los que el 12 de Octubre de 1492 gritaron al cielo desde la madera de las carabelas de Colón «¡Tierra! ¡tierra!», había fuertes hijos de esa tierra adentro, hijos de la cumbre. «¡Mar! ¡mar!», gritaron los compañeros de Jenofonte, los de la retirada de los diez mil, al columbrar el contin azul del Ponto Euxino, del Mar Hospitalario; «¡Tierra! ¡tierra!», gritaron los iberos al divisar el Nuevo Mundo. La tierra es la vida. La vida lavada por las aguas.

Jorge Manrique, el hijo de la cumbre castellanoleonés, dice «la mar» y no «el mar». Y es que sentía que la mar, como la tierra, es madre y no padre. Padre era el río; el Carrión, Padre es el Duero. La mar, como la muerte, es madre; la tierra, como la vida, es madre. La tierra, cuna y tumba, es madre; es regazo en que se nace y en que se muere. Se muere y se descansa después de haber trabajosamente soñado. Y al hombre que soñó la vida se le entierra en tierra, ¡claro!, en tierra que es la vida y no en el mar, que es el morir. Hasta los hombres lacustres, los de los palafitos, sepultaban sus muertos en tierra seca, á que allí soñasen, acaso bajo el riego de la lluvia del cielo. «Pues se va la vida apriessa—como sueño...» Y en esa tierra, en esos campos, campos santos, se sepultan los sueños de los que en ella y de ella nacieron, y esos sueños, allí sepultados, sueñan. Sueños de poderosos, de guerreros, de monjes; sueños también de «pobres pastores—de ganados». Y los ríos chicos, medianos y caudales se llevan á la mar desde esos campos santos las sales de los huesos de los que allí descansan de la vida. A D. Rodrigo Manrique, Maestro de Santiago y Conde de Paredes de Nava, de los Campos Góticos, «en la su villa de Ocaña—vino la muerte á llamar—á su puerta». Y el padre Tajo se habrá llevado á la mar, que es el morir, las sales de sus huesos fraguados con tierra de la ribera del Carrión, pechero del padre caudal Duero. Que Tajo y Duero, aunque nunca se hayan visto ni hayan mejido sus aguas caudales, son hermanos. Gredos, desde su seo de nieve, los contempla con amor de siglos; Gredos, en cuyo regazo fué á dormir el sueño de la muerte el Emperador Carlos; Gredos, la sierra santa, repartidora de las aguas de bautismo del solar de las Castillas.